

EL ENCOD BOLETIN SOBRE POLÍTICAS DE DROGAS EN EUROPA

NR. 9. SEPTIEMBRE 2005

LIBERTAD PARA CULTIVAR (para Mo Mowlam)

El hecho de que ciertas drogas han llegado a ser los objetos de un tabú social nos pone varios problemas a los que las consumimos, puesto que la estigmatización puede tener consecuencias duras para la vida profesional y personal. La sanción legal obliga a la mayoría de los productores, distribuidores y consumidores de drogas a ocultar una parte importante de su personalidad y vivir una especie de doble vida, algo que puede contribuir a implicaciones dañinas tanto para los directamente involucrados como para sus alrededores. Sin embargo, es el tabú político que produce más daño a la sociedad entera.

El tabú político consiste de la ausencia implícita de un debate serio sobre los pros y contras de la prohibición de drogas en las estructuras del poder institucional. La mayor parte de los políticos suelen confiar en la información que reciben de los medios de comunicación alimentados por las autoridades (inter)nacionales responsables para la lucha contra las drogas. En las raras ocasiones en que los políticos consideran los problemas sanitarios o sociales relacionados con las drogas, simplemente ignoran el hecho de que la mayor parte de estos problemas son causados por las actuales políticas de drogas.

Debido a este tabú político, no importa cuántas estadísticas demuestran los enormes fracasos de la guerra a las drogas, la continuación de esa guerra sigue sin cuestionarse. Al contrario, lo que se cuestiona en las reuniones oficiales de la ONU sobre drogas son los programas de reducción de daños tales como la distribución de jeringuillas. Si fuera por los representantes del aparato legal, tales intervenciones podrían continuar a formar parte de la caja de herramientas técnicas para tratar los daños visibles relacionados con las drogas, pero jamás les permitirían llegar a ser la fundación de una nueva forma para concebir el fenómeno global de las drogas y cómo manejarlo.

En este clima, solamente se encuentran muy pocos políticos que tienen suficiente coraje para abogar por la legalización de las drogas. Una de ellas fue la anterior ministra británica para asuntos del Norte de Irlanda, Mo Mowlam, quien murió el 19 de agosto de 2005, a la edad de 55 años. Si hay algo que podemos aprender de Mo, es precisamente su coraje, su honestidad y optimismo. En 2000, siendo jefa de la campaña anti-drogas del gobierno, Mowlam reconoció abiertamente haber fumado cannabis y "al contrario del Presidente Clinton, yo sí inhalé".

Hace 5 años, parecía que el debate europeo sobre la política de drogas estaba abriéndose. Como resultado del creciente entendimiento del fenómeno de las drogas y el temor a la extensión del VIH/SIDA, la aceptación del consumo de drogas ilícitas como parte de la sociedad moderna estaba creciendo entre los trabajadores de salud más involucrados en estos campos en casi todas las naciones de Europa occidental. Como consecuencia, la mayoría de los gobiernos europeos comenzó a editar decretos especiales para permitirles a las autoridades regionales y locales a experimentar con enfoques más liberales.

Los ciudadanos europeos poco a poco se acostumbraron a la existencia de salas de consumo en su ciudad, el humo del cannabis en sus calles, y al reconocimiento del hecho de que la experimentación con las drogas de sus propios hijos no necesariamente producía desastres.

Entonces llegó el 11 de septiembre de 2001, y aunque existen cada vez más dudas serias sobre la versión oficial de lo que ocurrió ese día, está claro para todo el mundo que los asaltos han servido para abolir libertades civiles e incrementar la retórica de guerra contra enemigos externos, acusándoles de problemas cuyas causas reales son internas. No se ha dado ningún pensamiento serio a las medidas pacíficas que podrían emplear las autoridades para combatir el terrorismo, tales como la legalización del mercado de las drogas, un paso que reduciría considerablemente la fuente de ingresos de los grupos terroristas. La seguridad nacional ha vuelto a encabezar la lista de prioridades políticas, y es interesante notar algunos de los peligros que, de acuerdo a las autoridades legales por lo menos, amenazan esta seguridad.

El 30 de Julio de 2005, la policía checa intervino brutalmente en contra de una fiesta techno en la región de Tachov. Fue la 12a vez que este evento anual se realizaba, la primera que encontró problemas legales. Varios eventos similares a través de toda Europa reportaron problemas idénticos; este verano, bailar está rápidamente llegando a ser un crimen.

También a fines de julio, fue detenido Marc Emery, activista canábico y productor de semillas de Vancouver, Canadá, siguiendo una demanda de extradición emitida por el gobierno de Estados Unidos. El delito por el que los EEUU quieren a Emery (la venta de semillas de cañamo) no es una ofensa criminal en Canadá. Sin embargo, como ha sido abiertamente admitido por la portavoz de la Drugs Enforcement Administration, la verdadera razón por la que los EEUU quieren a Emery es para terminar su apoyo financiero al movimiento para la legalización de la marihuana en Norte América, lo que ellos describen, en un peligroso precedente, como 'blanqueo de dinero'.

En Europa, el movimiento de la reducción de daños fue una respuesta a los problemas de salud que pusieron las políticas de drogas en los años 90. Los desafíos de hoy requieren un enfoque diferente. La permanente e intrínseca contraproductividad del enfoque prohibicionista— hasta en la luz de sus propios objetivos declarados — hoy debe ser contrarrestada en términos de su impacto sobre los valores humanitarios y democráticos. La defensa del fundamental derecho humano a la alteración de su propia consciencia mediante el uso de plantas y otras sustancias debería ser la base de un nuevo movimiento global de reforma de la política de drogas. Todos los ciudadanos adultos del mundo deberíamos tener este derecho siempre que no hacen ningún daño a los que les rodeen.

La defensa del derecho a cultivar, poseer y consumir sustancias con el propósito de la alteración de la mente va más allá que la reducción de daños. Requerirá regulaciones non-represivas a fines de asegurar el 'fair play' entre productores y consumidores en la cadena global de drogas. Como tal, la reforma de la política de drogas deberá ser parte integral de un movimiento que lucha por una sociedad global basada en la garantía de condiciones mínimas a todos los habitantes de la tierra para vivir una vida decente y estar protegidos contra los efectos de la criminalización, marginalización y estigmatización innecesaria. Ello implica tomar postura contra la prohibición de drogas como tal, la que ha probado ser no solamente un enfoque ineficaz e inhumano, sino también ha causado imensos daños colaterales a personas y sociedades.

En septiembre, ENCOD lanzará una nueva campaña basada en el eslogan "Libertad para Cultivar", destinada a movilizar a la gente detrás de la propuesta para legalizar el cultivo de plantas relacionadas con las drogas, como un primer elemento de la reforma fundamental de la política de drogas.

Al mismo tiempo, nuestro objetivo inmediato es de obtener espacio para un debate sobre la necesidad de salvar la política de drogas europea de mayor desmantelamiento. Aquí contamos con la colaboración de autoridades locales y políticos que, como Mo Mowlam, están lo suficientemente dispuestos para tomar en serio el asunto. En el plazo más largo, nuestro propósito es de aislar aquellas fuerzas que, defendiendo intereses propios, se niegan a admitir que la prohibición es la peor manera de solucionar los problemas de drogas. Como con todos los tabúes, su poder disminuirá a medida que crezca el conocimiento.

Joep Oomen (gracias a Eliot Ross Albert y Jan van der Tas)

www.encod.org